

LA IDENTIDAD CULTURAL Y SU PROSPECCIÓN EDUCATIVA

AMAUROS LAURENCIO LEYVA

RESUMEN

En momentos en que las prerrogativas pedagógicas refrendan el ideal de la integralidad y contextualización de los currícula, la problemática de la identidad cultural emerge como recurso formativo de incuestionable valía para la elevación de la pertinencia y factibilidad de los proyectos educativos. En virtud de la trascendencia de este axioma se hace imprescindible el estudio de este fenómeno en su pluralidad concepcional, de modo tal que contribuya a su tratamiento coherente y a su adecuada prospección en el contexto educativo. Es este el criterio teórico que rige la racionalidad del presente trabajo puesto a su consideración.

ABSTRACT

At a time when the pedagogical prerogatives authenticate the integrity and conceptualization of curricula, the problem of the cultural identity emerges as an indeed valuable formative recourse to enhance the relevance and feasibility of educational projects. Considering the significance of this axiom, the study of this phenomenon is a must in its conceptual plurality, so that it will contribute to its coherent treatment and adequate prospect in the educational context. This is the theoretical criterion mediating the rationality of his paper brought forth to your consideration.

La aproximación teórica al fenómeno de la identidad cultural y su prospección educativa implica el estudio y análisis crítico de las incursiones que con similares objetivos preceden este intento. En este ámbito, resulta imposible soslayar los importantes aportes contenidos en trabajos cuya trascendencia amerita un tratamiento especial.

Entre estos debemos someter a valoración la tesis expuestas por el especialista del Centro de Investigaciones de la Cultura Cubana, Rolando Zamora, quien en “Notas para un estudio de la identidad cultural cubana” (1994), expone una serie de proposiciones que constituyen ideas básicas para comprender la profundidad que encierra el proceso identitario; éstas pueden resumirse en las prescripciones siguientes:

□ Se hace necesario el énfasis en que “lo idéntico”, en lo que respecta a la identidad cultural, existe solo en relación con el devenir histórico y los cambios que el mismo acarrea, lo que denota la no existencia de una identidad permanente o estable como producto terminado de un proceso previo.

- La asunción de la identidad como un proceso comunicacional entre culturas, representadas por sus respectivos sujetos, advierte el carácter sociopsicológico de este concepto.
 - La definición conceptual y fenoménica de la identidad cultural debe expresar la continuidad de la historia como reflejo de su devenir.
 - Establecer distinciones entre dos procesos oposicionales: identificación y diferenciación, cuyas intervenciones inciden en la formación y consolidación de las identidades.
 - Diferenciar la identidad cultural popular de la identidad establecida por las clases y grupos dominantes.
 - Asumir la existencia de la diversidad dentro de una misma identidad.
 - En el análisis de la identidad cultural en Cuba es totalmente viable la introducción del concepto de transculturación, esbozado por el sabio cubano Don Fernando Ortiz.
 - La identidad ha de ser explicada a partir de sus manifestaciones en la cotidianeidad poblacional, donde puede interpretarse como una variable explicada o dependiente, cambiante en sus expresiones concretas: lenguaje, instituciones sociales, idiosincrasia, cultura popular, relaciones familiares, arte y literatura, etc.. Ellas están en función de un conjunto de variables independientes, entre las cuales resultan sumamente interesantes: el tiempo o momento histórico, espacio geográfico, estructura socioclasista, etnicidad, migraciones, género y generaciones humanas.
- En esta misma línea de análisis teórico aparece un trabajo con análoga procedencia, bajo la autoría de las investigadoras Maritza García Alonso y Cristina Baeza Martín (1996), que obedece al título: "Modelo teórico para la identidad cultural". En este volumen las autoras refieren como finalidad presentar un aparato conceptual-instrumental que "permita interpretar la diversificada información obtenida en los distintos ámbitos de indagación en los cuales se intente desentrañar procesos interculturales característicos". M. García Alonso y C. Baeza Martín (1996: 11). La lectura y análisis de la fuente denota que la misma constituye una propuesta loable para hacer más objetiva la concepción del fenómeno estudiado.
- En este sentido se hace necesario precisar las principales determinaciones que alcanza el modelo:
- Asunción holística del fenómeno de la identidad, a partir de una apreciación total del mismo, donde se tiene en cuenta, no sólo los objetos producidos por una cultura, sino otros elementos como: el alter y el sujeto con el que se comunica, la herencia cultural de éste y la actividad de la cual los objetos son resultado.
 - Considerar la identidad cultural como un proceso sociopsicológico, donde se tengan en cuenta la mismidad, la otredad y la relación entre ambas, en la conformación y expresión de la identidad cultural.

- La apreciación de la identidad en distintos niveles, desde un grupo primario hasta una región supranacional, etc.
- Al representar la identidad cultural un coeficiente de comunicación entre formas de cultura, la misma caracteriza el tipo de comunicación que se deriva de los sistemas sociales en que dichas formas se manifiestan.
- La identidad cultural hace patente el derecho a la existencia, coexistencia y desarrollo de distintas formas de cultura, en las que los grupos humanos asumen sus proyectos de vida y actúan generando respuestas y valores retroalimentadores de la cultura.

En este modelo, de acuerdo con las direcciones plasmadas, se considera la identidad cultural de un grupo social determinado (o de un sujeto determinado de la cultura) como: “la producción de respuestas y valores que, como heredero y trasmisor, actor y autor de su cultura, éste realiza en un contexto histórico dado como consecuencia del principio sociopsicológico de diferenciación–identificación en relación con otro (s) grupo (s) o sujeto (s) culturalmente definido (s). M. García Alonso y C. Baeza Martín (1996: 17-18)

En una cultura dada, estas respuestas de identidad se comportan de una manera sistémica por los grados de relación, compatibilidad, coherencia y complementariedad que denotan en el desarrollo de las funciones comunicativas con otros sujetos de cultura que, dada su alteridad, se consideran otros significativos; en tanto, en la interacción comunicativa, se estrecha la relación natural, estructural y consciente de la diversidad de identidades fenoménicas que conforman y cimientan la identidad cultural.

El concepto de cultura en el modelo objeto de análisis, constituye un pilar básico en su cosmovisión, el mismo es asumido como: “un sistema vivo que incluye a un sujeto socialmente definido que, actuando de manera determinada en una situación histórica y geográfica específica, produce objetos materiales y espirituales que los distinguen. La cultura en este sentido amplio surge (se forma) conjuntamente con el sujeto actuante e incluye su actividad y los productos de ésta”. M. García Alonso y C. Baeza Martín (1996: 17-18)

Cuando se procede al estudio del fenómeno de la cultura es posible percatarse que el concepto, que se ofrece en este modelo, se aviene a los criterios más generalizados en la antropología social contemporánea; donde éste se entiende como un conjunto de sistemas autosuficientes, que asimilan o rechazan influencias externas a partir de su propia estructuración y funcionamiento, al ser capaces de experimentar variaciones en estructuras y funciones a causa de fenómenos económicos, políticos, migratorios o sociológicos en general.

En las últimas décadas del siglo XX y en los años iniciales del presente siglo se presentan fenómenos sociopolíticos de indiscutible complejidad y trascendencia. Estos, por su expresión en el escenario mundial, conllevan a los estudiosos e investigadores de las diferentes disciplinas humanísticas, a abordar el fenómeno de la comuni-

cación entre las culturas y a tratar de desentrañar las variadas y complejas interrogantes que de ellas se derivan.

En tal sentido, la investigación debe asumir el influjo del relativismo cultural en el mundo contemporáneo para hacer dejación de criterios que recurren a la asunción de las culturas como entidades o cuerpos homogéneos pocos mutables. Estos asuntos no se comprendían dentro del concepto de cultura vigente hasta la primera mitad del siglo pasado, sin embargo, la introducción de la problemática de la identidad cultural en dicho campo, ofreció el espacio idóneo para su solución.

Es por ello que “el concepto de identidad cultural pudiera ser considerado como de intención axiológica sin que la escala de valores que ello conlleva tenga obligatoriamente una connotación ética, ya que puede referirse a otros ámbitos de la ideología, la espiritualidad y la conciencia de los grupos humanos”. M. García Alonso y C. Baeza Martín (1996: 20)

En esencia, el modelo teórico de la identidad cultural de García y Baeza(1996) se estructura sobre la base relacional y funcional de seis componentes:

1. Sujeto de la cultura.
2. Otro significativo.
3. Sujeto de identidad.
4. Actividad identitaria.
5. Objetos de la cultura.
6. Objetos de identidad.

La relación y funcionalidad de los anteriores componentes, en torno al proceso de formación y desarrollo de la identidad cultural, se expresan a partir de la interacción comunicativa entre un sujeto de cultura (grupo humano, socialmente organizado en cualquier nivel de resolución sociológica, que se comporta como heredero, autor, actor y trasmisor de una cultura geográfica e históricamente condicionada) y el otro significativo (otro sujeto de cultura), que al actuar como alter en el proceso comunicacional y generar los procesos de diferenciación-identificación propicia el desarrollo de la actividad identitaria (un complejo proceso de acciones materiales y espirituales, que lleva a cabo el sujeto de cultura en el proceso de comunicación con otros sujetos de cultura).

La actividad identitaria conduce a la transformación del sujeto de cultura en sujeto de identidad (sujeto de cultura que, en el proceso de comunicación con el otro significativo, se ha diferenciado de éste y ha reconocido como sujeto actuante su identidad cultural), el cual se cimienta en los valores culturales que evidencian y definen su identidad. Estos valores se distinguen de los objetos de cultura (son todas las producciones materiales y espirituales que el sujeto de cultura elabora) y se denominan valores u objetos de identidad (son producciones materiales y espirituales del sujeto de identidad objetivadas). Por todos estos procesos, gracias a la influencia de la memoria

histórica, se conservan el conjunto de valores culturales identitarios que refrendan, sustentan y estructuran la identidad.

El estudio teórico del fenómeno de la identidad revela la amplitud cosmovisiva de su esencia y lo profundamente polémico que resulta su contenido. Estas cuestiones son evidentes a partir de la diversidad de posturas intelectuales y presupuestos que asumen y defienden los estudiosos del tema. Las tendencias transitan desde el sobredimensionamiento de determinados componentes del proceso, pasando por la definición y conceptualización de la rica variedad de sus esenciales, hasta imposturas que se orientan hacia el nihilismo existencial del fenómeno, conducente a considerar innecesarias las definiciones y formulaciones teóricas en torno a este concepto.

El pensamiento social cubano cuenta en su haber con sólidos antecedentes teóricos capaces de orientar los estudios sociales en torno al fenómeno de la identidad. Resaltan por su significación los preceptos epistemológicos existentes en las obras martiana y orticiana; en las cuales, aunque no se concreta una definición del fenómeno, se proyectan prescripciones metodológicas coherentes en función del desentrañamiento, comprensión y contextualización de la identidad en el plano fenoménico.

En la conformación del imaginario sociocultural latinoamericano, Martí advierte la existencia en el Continente de “pueblos nuevos”, cuya naturaleza raigal no obedece a la racionalidad tradicional de otros pueblos. El hecho denota la certeza existencial de una naturaleza americana, sustentada en la unidad cultural de la pluralidad de etnias que la formaron y aún la conforman, cuestión que implica el requerimiento de soluciones propias, que respondan a las exigencias contextuales de la realidad sociocultural latinoamericana.

Ortiz establece direcciones precisas para el análisis concreto del fenómeno identitario, donde el mismo se percibe en su dinámica como proceso activo de creación y reconstrucción permanente, garante de la inclusión de las diferencias frente a la unidad. Aspecto que se materializa en los rasgos y valores de identidad, cuya singularidad se expresa en las particularidades nacionales y locales en su relación con el devenir histórico nacional, regional y global; cuestión que apunta hacia la percepción de la identidad como un proceso de interacción entre lo macro y lo micro en el ámbito socio - histórico.

Este hecho repercute en la determinación de las peculiaridades del proceso etnocultural cubano a partir de un acontecer relacional, que en el plano histórico condiciona objetivamente la cubanía, como síntesis de lo diverso; cocinada en el caldero de los siglos, donde Yavé, Olofin y Atabey, confluyen en el ajíaco resultante del proceso de transculturación.

Varios son los autores cuya dirección científica se proyecta hacia la conceptualización de la identidad, en tal sentido pudieran señalarse los casos de A. Cristóbal (1995: 97), quien esboza que “la identidad comienza a manifestarse en el momento en que nos percatamos de las diferencias”. C. Torres (1995: 63), denota que “la identidad es igual al ser nacional y su imagen, sus tradiciones, su historia, raíces comunes, formas

de vida, motivaciones, creencias, valores, costumbres, actitudes, conciencia de mismidad”. R. Pupo (1991: 39), define a la identidad como “comunidad de aspectos sociales, culturales, étnicos, lingüísticos, económicos y territoriales; así como la conciencia histórica en que se piensa su ser social en tanto tal, incluye la auténtica realización humana y las posibilidades de originalidad y creación”.

En el mismo contexto, E. Ubieta (1993: 32) asume la identidad como “un hecho cultural resultado de un proceso nunca concluido de autorreconocimiento que expresa una realidad objetiva y subjetiva de carácter histórico”. Para F. González Rey (1995: 28) la identidad es “un fenómeno subjetivo que pasa por los sentimientos y las emociones, espacio donde nos expresamos y vemos emocionalmente. La investigadora C. Marín (1995: 123) lo define como “un fenómeno multideterminado, que produce al otro en la medida que se define a sí mismo”. En el caso de G. Poggolotti (1995: 88) la identidad es entendida como “valor de síntesis en la medida que nos movemos en el terreno de la conciencia, en el cual intervienen, entre otros factores, algo tan importante como la memoria. La memoria no es la historia en su caos objetivo, sino tal como la vivimos; como nos ha sido transmitida por la tradición, entre ellos la tradición oral”.

Para los autores M. Arias; A. Castro y J. Sánchez (1998: 37), la identidad “es un proceso de formación y transformación, un proceso abierto, inacabado (...) y ese espacio convertido en una pradera dispuesta a recibir todas las lluvias, los vientos y las brisas, las semillas venidas de todas partes, sobre el fundamento de una capacidad de selección que asimila las influencias provechosas y se cierra a lo que pudiera dañarnos.”

Todas las definiciones anteriores son racionales y abordan científicamente el problema de la identidad; consideramos, sin embargo, que no logran abarcarlo en su compleja integralidad. Nuestra concepción de identidad, desde una perspectiva holística, considera los siguientes aspectos esenciales:

- La identidad es diferenciación hacia fuera y asunción hacia adentro. Existe la identidad cuando un grupo humano se autodefine, pero a la vez es necesario que sea reconocido, como tal, por los demás.
- La identidad es producto del devenir histórico y atraviesa distintas etapas; continuamente se está reproduciendo, situación que le permite desarrollarse y enriquecerse o debilitarse e incluso desaparecer.
- La identidad presenta distintos niveles de concreción, se refleja en la vida cotidiana y en la cultura popular y adquiere vuelos a través de la creación intelectual del grupo portador. Esta producción, sin embargo, sería huera y vacía, si no sentara sus bases en el elemento popular.
- La identidad de un grupo no significa completa homogeneidad entre sus miembros, ella no niega la diversidad, la heterogeneidad en su seno; aunque predomine lo

común como regularidad.

- La identidad se sustenta en la subjetividad humana, que constituye un factor de objetivación práctico social de sus valores. El individuo, no solo se reconoce como miembro de un grupo; sino que se percata de su cercanía con respecto a los demás miembros de su comunidad.
- La identidad es un fenómeno social que permite la integración de grupos nacionales afines, a partir de la existencia de intereses culturales comunes. Esto hace posible la formación de identidades supranacionales.
- La identidad tiene una estructura dialéctica compleja, en ella las formas superiores contienen o reflejan, de alguna manera, las inferiores. La misma parte de elementos simples como los ajuares domésticos, las vestimentas, etc.; se manifiesta en la idiosincrasia, las costumbres, tradiciones y el sistema de valores; marca la cultura popular y se expresa teóricamente en el pensamiento social y las creaciones artístico-literarias de una comunidad humana.

La identidad, como ya hemos afirmado, es dialéctica y, de hecho, contradictoria; en este sentido puede apreciarse que el concepto de lo que somos emerge de una comparación y comprobación siempre antitética, referida a las diferencias y a las similitudes. Desde esta óptica, el fenómeno de la identidad, al establecerse socialmente, se manifiesta en una dinámica funcional cuya expresión implica la posibilidad de ser modificada, dirigida o reorientada.

En el ámbito educativo, la identidad se manifiesta como la toma de conciencia de las diferencias y las similitudes referidas a comunidades, grupos sociales y entidades con procesos históricos similares o disímiles. El tratamiento a la dimensión identitaria de la educación implica la cosmovisión integral de los diferentes ámbitos de resolución social, natural y cultural del fenómeno, donde las relaciones del pasado y del presente se resumen en las culturas, proyecciones espirituales, imaginario social, formaciones político sociales, modos de producción y de vida, etc.; que han adoptado desde el pasado formas económicas, sociales y culturales propias.

Si se asume con racionalidad la dialéctica del tal manifiesto, entonces resultará evidente el peligro que entraña el sobredimensionamiento de algún componente social del proceso de formación etnocultural de la identidad; aspecto que adultera los esenciales de determinadas realidades históricas pues, a veces, dentro de un errático credo nacionalista, símbolos y formas comunes a superestructuras funcionales del pasado, son desencajadas de su sentido práctico para hacerlas parte de una estética supuestamente popular, pero producidas en serie para el consumo turístico o el mercado general.

En el proceso de formación y desarrollo de una identidad la lengua juega un papel vital. El fenómeno, tal como lo expresa el lingüista cubano Sergio Valdés (1998: 116), “no es sencillamente un fenómeno natural, es un hecho histórico-social, es un instrumento (...) esto significa que el lenguaje humano es necesario analizarlo desde el punto de vista natural, modificado históricamente por el trabajo social. A diferencia

de la acción animal, el lenguaje, toda lengua, depende de principios, reglas, normas y valores relacionados con la organización de la sociedad que la utilice. Por ello la lengua es parte de la cultura”.

A semejanza de otros valores, la lengua es también un resultado del desarrollo histórico de la sociedad, aspecto que implica el requerimiento de no asumir una concepción instrumental en torno al fenómeno. Se precisa entenderla como un recurso relacionado con la actividad práctico-material y espiritual; además de constituir una herramienta indispensable para coordinar la actividad transformadora de los sujetos sociales.

La utilización individual de la lengua, en este caso, no puede ser arbitraria, pues se rige bajo el control de la conciencia y de la experiencia social. Toda lengua manifiesta la fusión entre la actividad comunicativa y cognitiva, por eso se define el lenguaje como indicador de identidad y depósito o salvaguarda de las experiencias del pensamiento humano, de la historia y de la cultura: “la lengua es un marcador simbólico de la identidad sociocultural” Yolanda Lastra (1992: 371).

En el caso histórico de Cuba la lengua española es parte inalienable de nuestra cultura. Las especificidades etnoculturales del proceso de formación de la identidad cubana, encuentran en la lengua un medio idóneo para su manifestación; la heterogeneidad raigal, en la génesis de nuestro pueblo, se compensa con la homogeneidad cultural y lingüística que nos define.

El propio proceso de mestizaje biocultural propició la posesión ventajosa para la nación de una misma lengua, con la dualidad funcional del lengua oficial y lengua nacional; manifestación que no se expresa, con igual intensidad, en todos los países hispanohablantes del área: “el idioma español en Cuba desempeña satisfactoria y plenamente sus funciones cultural-representativa y nacional-representativa, como lengua del pueblo cubano a través de la modalidad nacional, cubana, del castellano. Esta modalidad, claro está, refleja en su seno el proceso de transculturación que dio origen a la nación cubana”. Sergio Valdés (1998: 138).

En fin, la lengua nacional se constituye en un claro reflejo del proceso de transculturación e interacción lingüística producido en el país. La modalidad cubana de la lengua española resulta un componente esencial de la identidad cultural de la nación, en demostración de la tesis sostenida por el lingüista español Vicente García de Diego, quien sentenció: “la lengua, como expresión de la cultura, se estudia mejor a la luz de la vicisitudes históricas de cada pueblo, así como la historia de cada nación se ve con más claridad por los testimonios de su lengua”. En Sergio Valdés (1997: 141).

En su obra “Identidad Nacional y Globalización” el sociólogo alemán Heinz Dietrich (2000), realiza un interesante análisis del fenómeno de la identidad y destaca como el mismo no es privativo de la sociedad, sino que se extiende a la naturaleza como “una

constante en los sistemas biológicos en general. Se trata de un requisito general en los sistemas biológicos, sin el cual no pueden sobrevivir". (2000: 129)

Las conclusiones de dicho sociólogo no dejan de tener valor para el análisis de la problemática de la identidad, compartimos muchos de sus preceptos conducentes al estudio del fenómeno como un proceso de equilibración de dos tendencias contradictorias: la conservadora, tendiente a la defensa de la idiosincrasia del sistema frente al entorno y la adaptativa, conducente a atemperar el sistema conforme a los cambios del mundo circundante. El proceso se dirige a evitar posiciones extremas cuya adopción conduciría a la pérdida de la identidad; en el caso de sobredimensionar la primera, el sistema perece por conservadurismo y en el segundo caso, se disemina en el entorno, sobrevive por adaptación; pero pierde su identidad como ente propio, deja de ser sujeto identitario y pierde su razón de ser.

Nuestras discrepancias con respecto a los criterios defendidos en la obra anteriormente citada, radican en que el autor no concibe claramente las diferencias cualitativas existentes entre las leyes naturales y sociales. Las regularidades naturales afectan al hombre como ser biológico y, aunque pueden influir, no determinan en el hombre como ser social. En realidad, impugnamos los postulados que se ciñen a la tendencia bilogicista de la filosofía contemporánea.

La amplitud y profundidad del proceso identitario se expresa en distintos niveles de resolución: personal, grupal, local, nacional, supranacional, etc.; al significar una respuesta a la comunicación que se establece con sujetos de otra, o de una misma cultura. Evidentemente, la identidad es el recurso que nos identifica a nosotros y nos distingue de los otros y, por lo tanto, identifica a los otros y los distingue de nosotros. Por todas estas razones, es atinado precisar que la unidad de lo pluri o multicultural, al presentarse en un mismo país o nación, conforma identidades nacionales; al igual que identidades de áreas determinadas constituyen la relación de identidades particulares, plurales, múltiples y semejantes, o sea, la identidad es unidad cultural significativa de la diversidad social de expresiones y manifestaciones afines, próximas y comunes, compartidas. De ahí que la identidad se constituya de procesos, modos y formas culturales; por lo que los aspectos socioeconómicos y políticos constituyen elementos medulares en el sustento y la determinación de las identidades.

Lo que se precisa incita a percibir el fenómeno identitario en su real magnitud. No basta con asumirlo como lo que distingue a una cultura o forma de cultura, pues es mucho más que eso; se trata del tipo de relación que se tiene o se establece con otras culturas o formas de cultura. El término identidad cultural indica incuestionablemente un concepto relacional; de no ser así, con la asunción o apelación al concepto de cultura sería suficiente.

El carácter sociopsicológico del proceso es otro elemento a tener en cuenta. Este se relaciona con la ideología y sus implicaciones; lo que denota la influencia de lo ideológico en la diversidad de niveles donde repercuten las propensiones identitarias, al asumirse la ideología como reflejo subjetivo, racional y lógico de la actividad social y

de la posición económica de los sujetos actuantes, en correspondencia con la tesis de Engels en torno a la interacción base-superestructura; donde, en última instancia, la segunda es determinada por la primera.

Además de la asunción de lo ideológico, desde la coherencia de los cuerpos de ideas más estructurados; se hace necesario recurrir también a las ideas con menor grado de estructuración y con mayor cercanía a actitudes menos racionalizadas y más próximas a la vida cotidiana y a la realidad vital de los grupos sociales. Este análisis permite visualizar la trascendencia de la dimensión psicosocial del fenómeno, al interpretar los procesos socioculturales, a partir del mecanismo de aproximación dialéctica de lo micro y lo macro.

Al asumir y reconocer el proyecto social de la comunidad, con el que nos identificamos y al cual debemos nuestra vitalidad existencial y espiritual, debemos comprender la riqueza, variedad y polícromía de nuestros valores y esencia identitaria, que confluyen en ese espacio, nunca acabado, en el cual se coce lo más trascendente de nuestras raíces, donde la diversidad étnica precedente se funda en una sola cultura, en una sola nación. Estamos abocados a la defensa de una concepción social que distingue, vivifica y renueva la naturaleza y profundidad de ese ajiaco que, a juicio de Don Fernando Ortiz, constituye nuestra identidad nacional: “es decir, la síntesis lograda de una diversidad de procesos universales.” Armando Hart Dávalos (1997: 28).

La identidad cultural cubana, en contrastación con las regularidades culturales establecidas por los estados europeos durante su formación, no es el resultado de un proceso civilizatorio tradicional. Estamos en presencia de lo que el antropólogo Darcy Riveiro (1992) denomina “estilo de civilización de los pueblos nuevos”, resultado de un proceso de confrontación, interacción y síntesis de determinados elementos culturales, que cimientan y distinguen nuestra realidad identitaria.

Es la identidad cultural cubana un proceso que condiciona y refleja nuestro comportamiento y el modo de reaccionar ante cualquier intento que ponga en peligro la unidad e integridad nacional. En este contexto es esencial el estudio y conocimiento de la Historia como herramienta para la mantención de la memoria histórica, a contrapelo con las intenciones de los grandes centros de poder mundial de formar hombres desmemoriados, dóciles y fáciles de domesticar.

En el proceso identitario de la cultura no pueden asumirse únicamente las expresiones de los logros, realizaciones y paradigmas; junto a ellos han de situarse a las utopías racionales y los errores, que contribuyen a perfeccionar nuestro proyecto social; “ese es el proyecto: una luz desconocida. Allí podemos estrenar todos los días una décima de El Cucalambé y un pensamiento de Sócrates, la intensidad reminiscente de una danza de Lecuona y ... lo que gustéis (...) el tambor batá dialoga con la guitarra de mi hijo, y eso es algo más que mestizaje, algo más que sincretismo: eso es identidad como espiral, como sorpresa, como esperanza.” Cintio Vitier (1996: 40).